

Deleitosos recuerdos de un cursillo en París

LOS cursillos que organiza el «Citè Club Universitaire» de París en diferentes lugares de Francia —la capital, la región de los castillos del Loira, la Costa Azul—, sólo merecen alabanzas por su perfecta organización y elevado contenido. Por lo que respecta al que yo he realizado en París, puedo decir que dejaré en mí recuerdos imborrables. Por ello, permítaseme antes de nada dejar aquí constancia, como prueba de gratitud y admiración, de dos nombres: los de Mr. Lefèvre, director del curso, y Mr. Cunin, profesor de mi grupo; verdaderos prototipos del francés medio: esto es, cultos, amables, sencillos y laboriosos.

No sería posible hacer aquí una mención detallada de todos y cada uno de los actos del cursillo que yo he realizado con sumo interés y complacencia. Me limitaré, pues, a decir que en él han tenido asiento, aunque en rápida sínosis, las artes, las letras, el cine, el teatro, la economía, la sociología, etc., todo ello especialmente referido a Francia, claro está, y a cargo de competentes especialistas, con los que, al final de cada conferencia, entablaban los cursillistas animados coloquios.

Quisiera también aludir —digo aludir porque otra cosa no permiten los límites obligados de una crónica— a las más importantes de las muchas visitas y excursiones que realizamos, tanto dentro como fuera de París. Entre las realizadas fuera, recuerdo particularmente la visita a unas factorías modernísimas de la casa de automóviles SIMCA, con una producción diaria de mil vehículos en diferentes modelos. Las excursiones a Chartres, donde admiramos su famosa catedral, una de las obras maestras del gótico francés; al palacio de Rambouillet, deliciosa residencia de descanso del presidente de la República; al palacio de Maintenon, que, como su nombre indica, perteneció a la última favorita del Rey Sol, con quien se uniría finalmente en matrimonio secreto a la muerte de nuestra María Teresa; al Versalles fastuoso de los Luíses, cuyo nombre ha quedado como símbolo de despilfarro, suntuosidad y reglas complicadamente ceremoniosas; a Fontainebleau, con recuerdos personales de Napoleón, y sobre cuya imponente escalinata —la del Patio de los Adioses— parece que flotan aún las palabras emocionadas del Emperador a su Vieja Guardia, al partir para la isla de Elba: «Si consiento en sobreviviros es para servir todavía a vuestra gloria: quiero escribir las grandes cosas que hemos hecho juntos».

En cuanto a las visitas realizadas dentro de París, empezaré por las que hicimos a algunos de los muchos y bellos templos destinados al culto católico que tiene la capital francesa, entre los que ocupa un lugar preeminente, naturalmente, la catedral, Nuestra Señora de París, majestuosa y solemne muestra del gótico, que tardó dos siglos en construirse (1163-1350), y de la que se ha dicho que «parece un inmenso navío flotando sobre las aguas del río hacia el infinito»; la iglesita de estilo románico de San Pedro de Montmartre (siglo XII), que, con la de San Julián el Pobre, de rito católico-griego, es considerada como la más antigua de París entre las que permanecen abiertas al culto: San Severino, otra joya del arte gótico, con notables vidrieras; la Santa Capilla, con la plegaria hecha piedra de su esbelta flecha clavada en la inmensidad; la Magdalena, de estilo griego, rodeada de una bella columnata corintia, y de la que quiso hacer Napoleón un «Templo de la Gloria» destinado a los héroes de sus ejércitos: el Sagrado Corazón, de gusto arquitectónico muy discutido, pero grandiosa y ricamente ornamentada, con la ciudad tendida a sus pies, y en la que se encuentra una de las campanas mayores del mundo, la «Savoyarde», de veintidós toneladas; la basílica de San Dionisio, muy interesante tanto por la pureza de su gótico como porque es una especie de panteón de los reyes de Francia, cuyas tumbas, de gran valor artístico, se encuentran vacías en su mayoría, ya que sus cenizas fueron sacrilegamente aventadas durante la Revolución.

En otro grupo de visitas, fueron muy interesantes las realizadas a las manufacturas de los universalmente famosos tapices gobelinos; a los talleres y dependencias de uno de los más importantes diarios de información de Francia, por lo que respecta a su tirada—13 ediciones diarias y 1.400.000 ejemplares—, aunque no, en mi opinión, por la calidad de su contenido; al Panteón de Hombres Ilustres, antigua iglesia de Santa Genoveva, patrona de París, imponente edificio neoclásico sobre planta de cruz griega y cúpula central de 83 metros, en cuyo frontispicio triangular se lee: «A los grandes hombres, la Patria reconocida», y en cuyas criptas se encuentran, entre otros, los restos de Rousseau, Voltaire, Víctor Hugo, Zola, etcétera; la tumba de Napoleón, bajo la Cúpula de los Inválidos—105 metros—, impresionante conjunto funerario digno de la grandeza de quien lo habita; los palacios del Louvre, cuya grandiosidad y belleza arquitectónica es ya un espectáculo subyugador, independientemente de los tesoros artísticos que encierran sus museos, entre los que admiramos—como está mandado— la Venus de Milo y la Gioconda, esas dos bellas míticas a las que rinden los estetas de todo el mundo una especie de culto pagano.

Solo o acompañado visité algunos museos más, todos ellos muy interesantes, como el del Hombre, en el palacio Chaillot; el Grevin, de cera, curiosísimo; el del Juego de Pelota, de pintura impresionista; el del Ejército, en los Inválidos, etc. ¿Cuánto tiempo haría falta para visitar detenidamente los trescientos y pico museos de París, amén de los incontables monumentos y lugares que por su valor histórico o artístico merecerían ser visitados?

En el capítulo de los espectáculos, quiero señalar unas representaciones de teatro clásico francés al aire libre, en los jardines de las Tu-

llerías, y, especialmente, unas evocaciones históricas en el patio interior de los Inválidos, montadas con un realismo sorprendente por esa genial creación que es «Son et Lumière»—sonido y luz—. Esto me hizo pensar aquella noche en las infinitas posibilidades y enorme interés que tendría entre nosotros un espectáculo de este tipo—ya sé que se ha empezado a hacer algo en este sentido—, teniendo en cuenta la riqueza de escenarios naturales y asuntos históricos que tiene España.

Entre estos deshilachados recuerdos hay uno que tuvo para mí un encanto particular, aunque dudo que descubra este encanto todo el que lea esto: Se trata de un largo y moroso recorrido a pie por el viejo París de la «rive gauche», que hicimos un reducido número de cursillistas—en el que, sin embargo, puede decirse que estaba humildemente representada toda la Europa occidental—, dirigidos e ilustrados por un curioso personaje, que, por sí solo, constituía un amenísimo espectáculo humano, pues era—y seguirá siendo— escritor, profesor, pintor, músico «chansonnier» y alguna cosa más, y sobre todo esto, un enamorado del viejo París, del que conoce la historia y la leyenda de cada calle, de cada casa y cada rincón, y sobre cuyos hechizos tiene publicados algunos libros. De este para mí atrayente recorrido—que duró unas diez horas— recordaré siempre de una manera especial el rato que pasamos al filo de la medianoche en una especie de cueva perdida a orillas del Sena, un tanto misteriosa y que a mi se me antojó poco conocida, donde, a la escasa luz de una bujía, una chica de fino y delicado perfil tocaba admirablemente una cítara y cantaba con una voz tenue y lejana melodía de otros tiempos. Mientras, nuestro pintoresco cicerone, con una habilidad sorprendente, hizo a carboncillo el retrato de la citarista, después de lo cual pidió una guitarra y, al estilo de George Brassens, nos deleitó con unas bonitas canciones.

He dejado para el final, deliberadamente, la visita que me produjo más fuerte impresión entre todas las realizadas en París: fue ésta la que, completamente solo, hice al cementerio del Père Lachaise, verdadera necrópolis o ciudad de los muertos, en cuyas plazas y avenidas recibí aquella mañana septembrina el más impresionante curso de Historia Universal y la más patética lección de humildad, «sic transit...», a la vez que el sauce de Musset y las flores frescas de Chopin—¿quién las lleva cada día?— me reconciliaban con la perdida fe en la gratitud y solidaridad humanas. Duele pensar cuánta gente deja París sin visitar este cementerio—que es a la vez una colección única de hombres desaparecidos y un sorprendente museo de monumentos fúnebres— y cuán poco lo hacen sin pasar una noche en la plaza Pigalle y sus inmediaciones, que es una pura tramoya, inteligentemente escenificada, para dejar sin blanca a las manadas de incautos turistas que entran y salen incansablemente de sus famosas «boites de nuit».

Y para cerrar estos recuerdos apresurados, se me ocurre pensar que es una lástima que a estos cursillos extranjeros acudan tan pocos españoles, pues aparte de su interés cultural e informativo y aun quizás por encima de éste, está el interés social, humano, que representa de una parte, el conocimiento directo de Francia, de sus gentes, de sus instituciones—lo que, por sí solo, no es poco, pues Francia con sus

virtudes y sus defectos, como cualquier otro pueblo, es un país representativo de la civilización a la que pertenecemos los españoles, y, de otra parte, la estrecha convivencia con personas de diversos países, lo que permite conocerse mejor y estrechar lazos colectivos e individuales que en alguna medida, por pequeña que sea, pueden contribuir a fomentar y asegurar esa paz universal con la que todos soñamos y que, triste paradoja, cuanto más anhelada parece más difícil de conseguir.

MANUEL GARCIA MONTERO



Editada por los Servicios Culturales de la Excm. Diputación Provincial de Cáceres, próximamente aparecerá la obra:

«Siete ensayos sobre el Romanticismo español»

por PEDRO ROMERO MENDOZA

Premio Cartagena de la R. Academia Española

TOMO I

Anotada e ilustrada

Pedidos al autor: Queipo de Llano, 23. Navalmoral de la Mata. (Cáceres)
a Servicios Culturales o a la Revista «ALCÁNTARA»

PARA ELLA

Para T. A. S. la más bonita primavera que han visto mis ojos y que ha despertado muchas veces las dormidas cuerdas de mi alma con sus encantos femeninos, porque su casa no es camino de sepulcro que baja a los abismos de una tumba, sino nido de paloma donde vive un alma.

Caminando, caminando

Como una ovejilla errante

Consumida en un sendero

De penas y soledades,

Se va gastando mi vida,

Voy conociendome mismo.

Estoy viviendo un otoño

De nostalgia inagotable,

Llorando como un balido

El entierro de la tarde.

Subo oteros, bajo cuestras

De un camino interminable

Y en la horrible paz sin fondo

Del esqueleto paisaje,

Siento llorar otra oveja,

Muerta también de ansiedades.

Es ella flor entre abrojos,

Es blanca luz de cristales

Rotos de sol en el río

Sin terminar de templarse;

Es un lirio no perverso

En la ciénaga del valle,